

POLÉMICA LITERARIA

EL ESCRITOR VIOLADO

HERNÁN MIGOYA HA SIDO ACUSADO DE APOLOGÍA DE LA VIOLACIÓN POR UNO DE LOS RELATOS QUE HA PUBLICADO EN EL LIBRO «TODAS PUTAS». LO MÁS ESCANDALOSO DEL CASO ES QUE POCOS HAN LEÍDO EL VOLUMEN QUE PRETENDEN CENSURAR. SU AMIGO, EL ESCRITOR RUBÉN LARDÍN, TRAZA EL PERFIL DE UN ESCRITOR SENTIMENTAL



LA SOMBRA DE LA CENSURA ES ALARGADA. Migoya ha sido objeto de una caza de brujas de tufo electoralista. La segunda edición de *Todas putas* ya está a punto.

FOTO DE SANTI COGOLLUDO

ESTAS MOVIDAS SOBREPASAN a cualquiera, aunque sea uno un provocador nato y mantenga, con conciencia, una postura tardoadolescente e irrespetuosa para con el sistema. O precisamente por eso...

El violador, el relato de moda (nunca un cuento corto estuvo de moda, eso ya es un mérito) que abre la antología *Todas putas*, apareció hace un par de años en el fanzine *Ojalatemueras*, del que un servidor fue responsable editorial. En aquella edición iba ilustrado por un espléndido dibujo a tinta de Santiago Sequeiros en el que un tipo rudo mostraba entre sus piernas un apéndice que era el cañón supurante de cualquier arma. Los políticos no leen prensa de esa que se llama *alternativa*, pero ya entonces, en las fiestas de la revista, tuvimos que lidiar con alguna que otra feminista perdida cual Marco en el día de la madre. También en la sección abierta a la opinión se pudieron leer los improperios de lectoras ofendidas y, según ellas, humilladas. Alguna que otra, las menos, cierto, no podían dejar de reír y felicitaban a Migoya por semejante aberración biliosa. Alguien parecía entender algo. Hubo una, incluso, que se puso tonta y le pidió favores sexuales de cariz sadomasoquista, a lo que el escribiente, atónito, se negó, incapaz de entender sexo y dolor juntos (nadie es perfecto y Migoya tampoco es demasiado sofisticado). Esa anécdota se explica en el relato *La hormona masculina*, el que epiloga *Todas putas*.

Pero *Todas putas* no se lo han leído los que ahora ponen el grito en el cielo. Lo mejor, en aquel momento, fue una carta de Berlanga en la que nos felicitaba por nuestra «maravillosa tenacidad para seguir en lo políticamente incorrecto», y lo más doloroso, un encontronazo con un amigo que conocía poco al autor y que tras la lectura de *El violador* se sintió desenchajado y hasta se preocupó. «Este tío tiene un problema», me decía. «Este tío tiene muchos problemas», le respondía, como tú y como yo. Discutimos mucho. A Hernán no le comenté nada de eso, admiraba demasiado a ese tipo y le habría dolido. Hace unas semanas, cuando pudo leer todos los cuentos recopilados en el libro de marras, antes de que se montara el pollo mediático, mi amigo me escribió un e-mail: «Tenías razón, tras su coraza iconoclasta reposa una personalidad muy tierna y leal. Es un buen tío, poseedor de una inteligencia atípica. Dicho de otra manera: nadie morirá nunca por su culpa». En fin, mi amigo estaba tonto, pero montamos una cenita para celebrarlo.

A Migoya (Ponferrada, León, 1971) todo este revuelo le pilló fuera de España, por sorpresa. En el momento en que llegó la noticia se le agolparon tres pensamientos:

«Que mis padres no se preocupen. Que me dejen seguir escribiendo. Qué vergüenza de país tenemos, ¿no?». Los colegas le felicitamos. Esa publicidad inesperada debía costar un mínimo de 500 kilos y le estaban equiparando con Nabokov y con Easton Ellis. «¿De qué te quejas? Ahora tienes que ir pimplado a la María Teresa Campos y gritar «¡Viva el judeo-cristianismo!», como Arrabal, tienes que hacerlo, tío, prométele». Los ojos se le ponían pajareros y se reía: «Claro, eso sí me gustaría, escupir en las banderas, pero ahí sí que me fusilan. Lástima, lástima...».

MIGOYA ES UN SENTIMENTAL. Me parece ridículo tener que explicar esto, pero sí, soltero ya no sé si vocacional o coyuntural (que se nos pasa el arroz), guionista de cómic, cine y televisión, cortometrajista visceral (también), onanista con predilección por el *sofi*, lesbiano radical, periodista a ratos y adalid de la amistad viril a lo Peckinpah, Hernán besa a su gata cuando sale de casa, llora en el cine como un gilipollas y no entiende que la izquierda de este país

sea tan lamentable como su derecha, ni que se pida la quema de un libro, suyo o de nadie, en nombre de cualquier cosa, ni que no pueda uno decir burradas para epatar, o ser misógino con total libertad y con integridad para una heterosexualidad que nos tiraniza. «Qué bueno, las feministas me han vendido *Todas putas*», sonreía el autor en los momentos de relajación, y decía que «ya estoy tranquilo, mi madre anda más calmada y mi padre se está partiendo el culo».

Bueno, ya pasaron las elecciones y todo sigue más o menos igual. Hernán y su editora, Miriam, han sido cabezas de turco para arrancar un par de votos inopes por ahí. La mezquindad y la pobreza espiritual de algunos es infinita.

Ahora urge una versión de bolsillo de *Todas putas*, para echarse unas risas en el avión, volando hacia algún país algo más civilizado. O no, mejor quedarse aquí, que da más risa.

(Por si alguien no lo sabía, *Todas putas* es una recopilación de 15 cuentos —de la que está a punto de salir una segunda edición— que van de lo provocador a lo amoroso, de lo lírico a lo sentimental y de la comedia pura y dura, negra

o bobalicona, cínica y pasional, a la memoria de infancia. Mucho más que un relato. Léalo, señora Botella, léalo).



¿AUTOR = PERSONAJE?

MANIFIESTO EN APOYO DE HERNÁN MIGOYA FIRMADO POR UN CENTENAR DE INTELLECTUALES

«Desde nuestra humilde posición de creadores de diferentes medios (cine, televisión, literatura, cómic, artes plásticas) y ante la artificial polémica creada alrededor del libro *Todas putas* de Hernán Migoya en los últimos días y alimentada por personalidades tan variopintas y contradictorias como organizaciones feministas o la esposa del presidente del Gobierno, queremos manifestar nuestra tristeza al comprobar que con miles de años de tradición escrita a nuestras espaldas aún no seamos capaces de distinguir entre autor y personaje.

De hecho, creemos que mucha de la buena literatura moderna (...) se ha escrito cuando el autor ha tratado de penetrar en el mismo corazón de los aspectos más oscuros del alma humana a través del relato en primera persona de su personaje (...). Por lo tanto, rechazamos cualquier interpretación del mencionado libro como apología de cualquier tipo de violencia, y especialmente de la violencia de género que de forma abyecta e injustificable golpea a tantas mujeres. En cualquier caso, lo que es irrefutable es que las palabras sirven para definir acciones. Así que cuando un libro se retira de las librerías por presión mediática o arrepentimiento de la editora, eso se llama CENSURA (...). Ante la posibilidad de que esto sea tan sólo el principio de una nueva caza de brujas, queremos reivindicar de nuevo la libertad de expresión (...) y nuestra firme oposición ante cualquier intento de coartar dicho derecho fundamental».

AGURO:



¿HABLAS MICRA?